

El espectáculo de este verano ha sido el protagonizado por los tres miembros de ETA que han huido de Cuba en barco, han encallado en las costas venezolanas y han sido deportados al punto de partida. Van a tener que lidiar ahora con unas autoridades de La Habana enfadadas por la imagen que deja de ellas una fuga en plan balseros de quienes han sido invitados de lujo durante más de veinte años.

Los amigos Alberto –nombre en clave utilizado por ETA en sus documentos para referirse al Partido Comunista de Cuba– y José Luis –el alias dado al Departamento de Operaciones Especiales del Ministerio cubano del Interior– no van a estar muy satisfechos con la espantada de sus protegidos. Alberto y José Luis, el PCC y el DOE, son interlocutores habituales de los etarras re-

sidentes en la isla, con los que tratan todo lo relativo a su situación.

Los etarras residentes en Cuba están divididos en dos grupos. Unos son los «abiertos», según la terminología etarra, aquellos

que están de manera oficial en el país por acuerdo entre La Habana y Madrid. El segundo son los «cerrados», los que se han instalado bajo la protección de Cuba, sin el permiso de España, aunque las autoridades españolas saben que están allá y los cubanos saben que Madrid lo sabe. Entre estos últimos están aquellos que, como ‘Apala’, trabajaron para los sandinistas en los años ochenta y fueron recogidos en Cuba cuando Daniel Ortega perdió las elecciones de 1990.

ETA hace años que desea igualar la situación de los dos grupos y hacer pública la presencia de los «cerrados», pero el Gobierno

de La Habana no ha querido para no perjudicar sus relaciones con España. La negativa del Gobierno de la isla a facilitar la fuga de los tres etarras balseros evidencia el realismo político de La Habana, que ha preferido salvaguardar su entendimiento con Madrid antes que dar satisfacción a los miembros de la banda.

La convivencia de los etarras en el Caribe hace tiempo que dejó de ser idílica, si alguna vez lo fue. No son pocos los enfrentamientos que se han registrado entre los miembros de la banda residentes en Cuba, hasta el punto de que ETA llegó a estudiar el envío a México de los más

indisciplinados, a pesar de que con ello les exponía a ser detenidos. Uno de los fugados en el barco encallado, Iñaki Etxarte, alias ‘María Antonia’, fue suspendido de militancia por los conflictos con sus compañeros. Ahora, el deterioro de la situación en la casa de Alberto ha dado un paso más: ya no hay sólo líos entre etarras, sino entre éstos y las autoridades cubanas. Hubo un tiempo en el que en el seno de ETA se decía que a los que se iban a Cuba «les había tocado la lotería» por la seguridad que suponía la protección que recibían en el país. Ahora ya ni la lotería es lo que era.

FLORENCIO DOMÍNGUEZ

LÍOS EN CASA DE TÍO ALBERTO

